

biana, llena de imágenes fúnebres... Dormita la víctima de nuevo, y nuevos cantares le turban el sueño a intervalos frecuentes: cantares que hablan del rosal enfermo que muere por falta de amor, como el corazón del poeta, y de la espina clavada en el corazón, y de la niña que hizo florecer la madera de la caja en que la llevaban a enterrar, y de la niña que murió sin una lágrima en los ojos, y de la niña que murió entre flores de mayo y dejó el alma volando entre ellas: de las cosas más tétricas que pueden dar de sí la

imaginación y el sentimiento enfermizos.

Y cuando la víctima, desesperada por la vigilia impuesta a sus ojos pesados de sueño, pide morir o matar a sus verdugos, y se llena de ideas de muerte, los implacables cantores entonan con voz aguda:

—«¡Arráncame los ojos cuando muera!»

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

México, 1921.

yores probabilidades de consolidación, cuanto más largo fuese su anonadamiento. ¡Pero esto no será!

3º ¿Juzga usted que se ha cerrado en nuestro continente un ciclo literario—el llamado modernista—y que se inicia uno de literatura americana? ¿Quiénes son los representantes de esa nueva orientación?

No creo en los ciclos; sino en la concatenación. ¿Qué influencia no se diluye en otra; qué materia no se transforma; qué fuerza no cambia de dirección? El modernismo, que siguieron en principio, y que nació, a la postre, de nuestros más grandes poetas, tuvo en sus obras, además de la parte puramente circunstancial de la innovación de la forma, la de la renovación de la subjetividad poética. Pero ellos hubieran sido los mismos novísimos maestros, con modernismo y sin modernismo. Las ideas algunas veces llegan a tiempo, y esta del modernismo fué una de ellas, que, oportunamente vino a autorizarnos para romper con eso, con el ciclo, es decir, con lo falso, con lo rígido, con lo estatuido arcaico, y al rompimiento pudieron producir arte puro y libre, poesía viva, en una palabra. Pero, si el modernismo no hubiera venido a ellos, ellos lo hubieran inventado. Para tal hazaña era la maza de Rubén Darío, encarnación genuina de la renovación artística imperiosa del momento. No creo, pues, que el modernismo los produjo; ellos se complementaron con él y a su vez lo complementaron, y esta saludable influencia es la que ha aprovechado a la brillante personalidad de los artistas de ahora, que al soplo de esos vientos han podido expandir sus características personales con toda libertad.

Así, pues, no se ha cerrado el ciclo modernista, ni es dable precisar con exactitud dónde tiene el otro punto, dónde empezó y dónde ha de tocarse con el fin para que se cierre, porque él en sí era ya el efecto de viejas aspiraciones de libertad que buscaban expresión. Esto es verdad del arte, tal como romanticismo contra clasicismo de pega. El desgaste de las cosas que acercándose a la perfección quieren consolidar, hasta que nuevas ideas, con la misma aspiración, las modifican o las echan por tierra.

Por lo tanto, no creo que se ha cerrado un ciclo modernista, ni que se ha abierto uno de literatura americana. Ni creo que el modernismo *a priori*, importado, como idea, a la América, dió movimiento a nuestra literatura; sino todo lo contrario, que si el modernismo encajó en nuestro arte, era porque nuestra concepción del arte ya lo preconcebía y lo llamaba, a veces,

Nuestra encuesta (*)

Contestación de Emilia Bernal

1º ¿Cuál le parece ser la influencia de las literaturas extranjeras, en el moderno desarrollo literario de América?

Ninguna. Si algo trascendente caracteriza la moderna literatura americana, es su personalismo. Cada quien de nuestros representativos literatos escribe con un sello tan personal, poniendo tan genuino matiz en su producción, que la hace enteramente libre, no ya de orientaciones extranjeras, sino hasta inconfundible con la producción de cada uno de los otros de sus coetáneos de América.

2º ¿Opina usted que existe una literatura americana en prosa y verso y en qué género le parece que se revela mejor este esfuerzo original?

Sí. En cuanto a que la literatura de Hispanoamérica no es hoy, como en los siglos XVII y XVIII, un mero reflejo de la española; en cuanto a que ha dejado de ser una rama de ella; pero opino que está muy lejos de ser una literatura hispanoamericana, porque siendo tantos los países de esta región, cada cual con su clima, su influencia territorial, sus rivalidades, sus intereses, sus tendencias, sus aspiraciones, revelan en su producción artística estas diferencias que hacen imposible la síntesis suprema a que se pretende llegar en la fórmula de esta pregunta. Creo que hay varias literaturas americanas.

Pienso, asimismo, que la lírica es nuestra forma literaria más desarrollada y notable: pero, pienso también que no será ella quien refleje mejor estas distintas Américas: sino la novela y, por excelencia, el teatro.

La novela dará la sensación de nuestras psicologías; pero, a pesar de su

floreamiento rápido, ella cuenta con un obstáculo muy grande que vencer, para llegar a su perfección; y es que la novela, no sólo por el asunto y la forma ha de dar la sensación de la vida nacional, sino, también, y muy principalmente, por el lenguaje, y nosotros desterramos de nuestras novelas nuestro léxico típico, autóctono, so pretexto de vocabulario espurio, y desproveemos la novela de su más pintoresca expresión. Si seguimos así, nuestra novela será solamente *novela española de asunto americano*.

Haber comprendido esto y haberlo obviado, es para mí el mayor mérito de Jorge Isaacs en *María*, de Cirilo Villaverde en *Cecilia Valdés*.

Hoy, algunos van sacudiendo esta preocupación, esta cobardía, sobre todo los argentinos. Quiroga, por ejemplo. Manuel Díaz Rodríguez, en la impresionante novela *Peregrina* o *El pozo encantado*.

Cuando el teatro, en germen, más o menos, en las repúblicas americanas haya llegado a una época florida, éste será el exponente del genio nacional en cada uno de nuestros países.

Sólo habría un medio de que se produjera una literatura americana: que surgiera en América la *unidad de ideales*. Puede existir en un futuro más o menos esta *unidad*, derivada del *peligro común*. Si la América Española reaccionara ante la absorción y el dominio yankee, que la amenaza a toda, podría aparecer un período transitorio de literatura que tuviera este sello de fusión espiritual... pero, acaso, en el transcurso del tiempo, al desaparecer el peligro, vendría de nuevo al primer plano de cada nacionalidad su propio aspecto, y con ello quedaría rota la *unidad utópica* de esa literatura.

Yendo más allá aún, si la América fuera vencida, el *dolor común* amasaría una literatura americana con ma-

(*) De *L'Amérique Latine*, París.